

# De líder montonera a sobreviviente: ¿o de heroína a traidora?

Mariela Zeitler Varela\*

## I. Introducción

“Por eso necesitaba una heroína, para fijar su historia como un cristal.” (Heker, 2010: 224). Así justifica Diana Glass (alter ego de Liliana Heker en su libro *El fin de la historia*) su búsqueda por contar la vida de su amiga Leonora Ordaz. Íntimas desde la infancia, la militancia de la última las fue alejando poco a poco, hasta su secuestro en octubre de 1976. Es en ese momento que a Diana le surge la aludida necesidad de glorificar a su compañera en un relato que ella pretende estático; pero si recordamos el conocido caso de la Oficial Mayor de Montoneros Mercedes “Lucy” Carazo -Leonora en la novela-, quien durante su cautiverio en la ESMA entabló un vínculo amoroso con el represor Antonio Pernías, se entenderá por qué esa fijación heroica terminó más bien en su calificación como una traidora de aquellas ilusiones que las unía en sus años de juventud.

Basándonos en este polémico libro, nos adentraremos en el debate en torno a la representación desde el arte del pasado reciente argentino, buscando complejizar determinados relatos que, en lugar de habilitar una indagación de las zonas grises que recorren ese oscuro pasado, obturan el análisis al estancarse en figuras estáticas como las que forman el tándem héroe-traidor. Asimismo, dado que en esta obra se hace especial referencia a la relación afectiva entre una secuestrada y su torturador, también podemos encontrar reflejados resabios de una visión estereotipada y tradicional de la mujer, generando nuevamente la clausura de posibles discusiones o investigaciones enriquecedoras. En estos casos particulares las militantes en cuestión no solamente son unas traidoras por haber colaborado supuestamente con los militares, sino también unas *putas* por haberse acostado con ellos. La falta de grises o matices se hace otra vez presente.

## II. Un poco de historia

Antes de sumergirnos en el mundo de las representaciones, es conveniente refrescar la historia, muy controversial y provocadora de gran fascinación, de Mercedes Carazo -de ahora en adelante, para simplificar, la llamaremos por su nombre de guerra en Montoneros, es decir, “Lucy”-. Sus inicios políticos de juventud fueron en el comunismo, para luego pasar por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y finalmente recaer en Montoneros; allí estaba encargada de la propaganda y del movimiento estudiantil universitario.<sup>1</sup> En esta organización de izquierda alcanzó en 1975 un alto grado jerárquico, el de Oficial Mayor. Continuó militando en la clandestinidad hasta que el 21 de octubre de 1976 fue secuestrada en el barrio de Caballito, en la ciudad de Buenos Aires, por militares de la Armada, quienes la llevaron a la ESMA. En ese momento Lucy estaba casada hace tiempo con otro importante dirigente montonero, otrora también militante comunista, llamado Marcelo Daniel

---

\* Licenciada en Filosofía, Universidad de Buenos Aires (UBA). Actualmente doctoranda en Filosofía en la misma universidad y becaria doctoral del CONICET.

<sup>1</sup> Vale recordar que ella misma estudiaba Química en la antigua Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires.

Kurlat, alias “Ramón” o el “Monra”, con quien tenían una hija, Mariana, de diez años de edad.

Hasta aquí, datos fácilmente comprobables que pueden encontrarse en cualquier biografía. Luego nos cruzamos con otras historias que también han sido largamente expuestas, pero con versiones contradictorias. Según varios testimonios de sobrevivientes de la ESMA, desde su llegada Lucy habría resistido a todo tipo de torturas sin entregar ninguna información que pudiera comprometer a algún compañero o a la organización.<sup>2</sup> Sin embargo, al mismo tiempo comenzaba a tener cierta proximidad con uno de los represores, Antonio Pernías, conocido como “Trueno” o “Rata”, el mismo que más adelante -en diciembre de 1976- llevó adelante el operativo en el que, a la vez que mataron a su marido, llevaron a su hija con los abuelos maternos. Algunos relatos posteriores de sobrevivientes que la conocieron en la ESMA, sostienen que ella sentía que, con ese gesto, Pernías era de alguna manera quien le había devuelto a su hija.

Todo lo sucedido durante el mencionado enfrentamiento armado entre el marido de Lucy y los militares ha sido altamente revisado, desde si fue ella quien lo entregó hasta si él murió en sus brazos recriminándole su acercamiento al enemigo,<sup>3</sup> pero lo relevante para este trabajo no es tanto conocer en detalle lo efectivamente acontecido, siendo de hecho imposible, sino más bien observar cómo esta historia ha sido narrada posteriormente (sobre todo por Heker) para vislumbrar las implicancias que esas lecturas tienen en el presente. El vínculo amoroso de Lucy con Pernías, siguiendo ella detenida y viajando incluso juntos al exterior en aquellas misiones de Massera en vistas a mejorar la imagen del país, fue lo que ha generado más preguntas, mucha polémica, y por qué no, cierto morbo.

### III. Amor en tiempos de horror

“Algo tenía que negociar para poder salvarse y bueno, ella negoció esa parte.” (Ana, en *Montoneros, una historia*, 1994: minuto 70). Esta es Ana, la protagonista del documental argentino *Montoneros, una historia*, hablando sobre Lucy. A partir del relato de la vida de Ana, desde sus inicios en la política hasta su liberación de la ESMA, esta sobreviviente menciona su encuentro con Lucy mientras ambas estaban secuestradas en el centro clandestino más importante del país. Fue en el marco de una típica estrategia usada por los militares para convencer a los militantes recién detenidos de que estaban en el *bando* equivocado: en el caso de las mujeres muchas veces eran otras mujeres las que se les acercaban a hablarles sobre su situación particular, sobre cómo ahora se sentían realmente “femeninas” y sobre los beneficios de estar del lado *correcto*. Ya se puede empezar a vislumbrar en este punto cierta cuestión de género, una esencialización de lo femenino, siempre en oposición a lo masculino.

Siguiendo las palabras de Ana, “esa parte” -¿se refiere eufemísticamente a su cuerpo? ¿Fue realmente sólo eso?- es lo que Lucy habría negociado a fin de sobrevivir. ¿Pero fue efectivamente así? ¿Fue una estrategia para mantenerse con vida? ¿O se enamoró de su torturador? Ahora bien, estas son todas preguntas para las cuales no

---

<sup>2</sup> “Hasta ese momento [que matan al marido] Lucy había sido una especie, adentro del campo de concentración, de paradigma de la guerrillera resistente.” (Graciela Daleo, en *Montoneros, una historia*, 1994: minuto 69)

<sup>3</sup> Ha sido muy citada la supuesta última frase de Marcelo Kurlat antes de morir, mientras aparentemente agonizaba en brazos de su mujer y Pernías la llamaba “Lucita”: “¿Y de cuándo te llama a vos Lucita este hijo de puta?” (Bonasso, 1994: 269). Sea o no verídico este diálogo, la culpa, tal como veremos que sucede en el libro aquí analizado, se corre de los represores hacia quien estaba detenida ilegalmente, ubicando así a Lucy en el lugar de la peor de las traidoras.

tenemos respuesta y para las que en verdad tampoco buscamos encontrarla; más bien lo interesante -tal como señalamos hace un instante- es analizar cómo este vínculo de amor (o de sexo, o de lo que haya sido) fue en determinadas ocasiones representado, generando efectos clausurantes de debate, además de (des)calificaciones de carácter moralista.

Adentrémonos entonces en el libro de Heker. Diana Glass, por momentos protagonista y por otros narradora -pero siempre alter ego de la autora-, relata su conflictiva búsqueda por contar la historia de su mejor amiga desde la infancia, Leonora Ordaz en la novela, Lucy en la vida real. A lo largo de las páginas Diana, haciendo saltos cronológicos, refiere tanto a recuerdos compartidos con Leonora como a reconstrucciones de lo que supuestamente sucedió durante su secuestro, todo tamizado por su dificultad para encontrar la forma de escribir esa historia, sobre todo su final. Y esa dificultad justamente surge por lo ocurrido durante el secuestro de Leonora en la ESMA, ya que previamente Diana tenía muy en claro que quería narrar la vida de su heroica amiga, de aquella que se había incorporado a la política para luchar por un mundo mejor, por sus ideales de juventud, por la revolución, teniendo el coraje de sacrificarse por el bienestar de todo el pueblo. Sobre este asunto el contraste entre ambas amigas se aclara desde un principio, dado que Diana, definiéndose como una intelectual, sostiene que su destino nunca había sido la acción política.<sup>4</sup>

Si uno presta especial atención durante la lectura, hay un dato significativo que demuestra el cambio en Diana respecto a su entrañable amiga: una vez que Leonora es secuestrada, ya no es más Leonora, no tiene más nombre propio, sino que es “la prisionera”. Y ello porque para Diana, ella ya no era *su* Leonora, la Leonora que necesitaba para contar la historia que tanto ansiaba fijar. Si retomamos la cita con la que comienza el trabajo, aquella de la heroína y el relato cristalizado, Diana unas líneas antes afirma su pretensión de homenajear a una generación que perseguía sus sueños hasta el final, de la cual precisamente Leonora era una de sus protagonistas, la heroína de esa historia que había que estatizar y proteger de la derrota. Pero su relación amorosa con Pernías, siendo un engaño no solamente a las ilusiones políticas compartidas, sino también como mujer a su marido, la transforman en una seductora manipuladora. Su sobrevivir complejiza para siempre el relato tan anhelado.

Y el problema es que Diana -o Liliana-, en tanto desde un principio requería una heroína, un ser impoluto, una persona más bien *fuera* de la historia, después de enterarse de lo sucedido durante la detención clandestina de Leonora -o Lucy-, persiguió su opuesto: una traidora. Es así que construye discursivamente una: desde los comienzos de la novela parece narrar eventos de la vida de su amiga tratando de encontrar los orígenes de su terrible comportamiento, de su cruel traición, y aparenta acercarse al objetivo cuando hace referencia a cómo Leonora, antes de ser secuestrada, también había engañado a su marido con otro importante dirigente revolucionario. Era como si

---

<sup>4</sup> Toda la novela parece estar atravesada por este tipo de dicotomías o pares opuestos, poco fructíferos para reparar en los posibles grises o matices: nos encontramos con el contraste entre teoría-práctica o intelectual-militante (“La de las leyes solía ser yo, bastante propensa a inventar teorías para todo, aunque demasiado tímida o arrebatada para convencer a alguien que me conociese menos que Leonora; así que era ella y no yo la encargada de usar esos argumentos a la hora de las discusiones.”, en Heker, 2010: 20; “¿por qué, a partir de ese *ser revolucionario* y tomando a dos niñas de inteligencia equivalente y experiencias parecidas, una deviene militante y la otra intelectual?”, en Heker, 2010: 37, subrayado en el original); el de mente-cuerpo (“Me gustaban esas palabras: transformación, vida, cuerpos, amaba las palabras porque eran capaces de preservar cada cosa en su perfección. Leonora las necesitaba menos que yo porque Leonora era su cuerpo moreno, y sobre todo era su pelo, largo y cobrizo, ondeando pesadamente al compás de ese cuerpo.”, en Heker, 2010: 22), y por supuesto, aquel referido en este trabajo de heroína-traidora.

Diana estuviera buscando descubrir en el pasado de su amiga su esencia, aquella esencia que siempre había estado allí, la esencia femenina de la seducción y la manipulación: “A mí no me sedujo nadie’, me dijo con orgullo; ‘siempre seduje yo’. Debe ser cierto. A mí también intentó seducirme. Y reconozco que a veces lo consiguió. Tiene mucha fuerza. Iba a decir pasión, pero no es más que el simulacro de la pasión: en el fondo es fría y calculadora. Una mujer peligrosa. Supongo que le va a gustar que alguien lo haya escrito.” (Heker, 2010: 230).

Se puede observar aquí la manera en que, al encasillamiento de Leonora como una traidora, se suma cierta visión estereotipada de la mujer, como aquella que utiliza su cuerpo sensual, junto con su mente manipuladora, para seducir y lograr un beneficio propio. Ana Longoni, en su libro *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión* -en donde se pregunta por la forma en que tres escritos, que mezclan lo testimonial con lo novelado,<sup>5</sup> aportan o rehúsan a la estigmatización del sobreviviente de la última dictadura argentina como un traidor- dedica un capítulo, llamado “Las traidoras como putas”, a problematizar las representaciones de los vínculos entre detenidas y represores. Allí se deja entrever cómo el calificativo de traidora se desliza hacia el de *puta* y la traición ya no es ideológica o moral, sino sexual. Y esta no es una diferencia menor, porque como acontece con Lucy, también en los otros casos analizados por Longoni se remarca que estas prisioneras en cuestión no colaboraron a partir de la delación de compañeros o entrega de información sobre la organización:<sup>6</sup> su traición fue *entregarse* al enemigo porque “tampoco se habla de forzamiento sexual, sino de la escabrosa seducción en la que la culpa se vuelve sobre las prisioneras. Su sometimiento es tratado en términos de traición, seducción, estigma o destino inmodificable de su género.” (Longoni, 2007: 151).

De esta manera, se vuelve significativa la analogía un tanto desafortunada con la que Miguel Bonasso, en *Recuerdo de la muerte*, define la traición: “La traición se parece a la seducción. A la imagen de la mujer seducida. La que entrega un beso, luego entrega otro y termina abriéndose de gambas.” (Bonasso, 1994: 155). Aquí parecen invertirse los roles, ya que es la mujer la pasivamente seducida, sin embargo es nuevamente quien queda estigmatizada: en este juego traicionero su accionar es otra vez indebido.

#### IV. En busca de zonas grises

A fin de salir de estas representaciones binarias o dicotómicas, que se ahogan en figuras estáticas como la de héroe o traidor (y en el caso de este trabajo, también en cierta esencialización femenina, con la consecuente oposición a lo masculino), generando una obturación del análisis o de la consecuente investigación, podemos hacernos eco del ya clásico concepto de “zona gris” de Primo Levi. En su libro *Los hundidos y los salvados*,<sup>7</sup> frente a la indagación sobre los campos de concentración nazis, este sobreviviente de Auschwitz devenido escritor, advierte justamente sobre la

---

<sup>5</sup> Los libros en cuestión, con las ediciones mencionadas por Longoni, son: Bonasso, Miguel 1993 (1984) *Recuerdo de la muerte* (Buenos Aires: Puntosur); Diez, Rolo 2000 *Los compañeros* (La Plata: Editorial de la Campana); y Heker, Liliana 1996 *El fin de la historia* (Buenos Aires: Alfaguara).

<sup>6</sup> Es interesante para analizar en otro posible escrito la pregunta que desliza en este punto la autora: “Si se considera traidor a quien delata, y estas mujeres no lo hicieron, ¿qué es lo que las convierte en traidoras? Sus traiciones son, entonces, de otro cariz: sexual, o incluso amoroso. ¿Qué implica que se considere como traición que -en lugar de datos o nombres- la mujer ‘entregue’ su cuerpo y su corazón al enemigo? [...] ¿La mujer militante, su sexualidad y sus sentimientos, son tomados como dominio o propiedad de la organización guerrillera?” (Longoni, 2007: 151).

<sup>7</sup> Uno de sus capítulos se llama efectivamente “La zona gris” (Levi, 2002: 42-113).

necesidad de escaparse de los extremos, de las divisiones tajantes entre buenos y malos o inocentes y culpables. Señala que al llegar al campo uno debía enfrentarse con un mundo incomprensible, en donde tus propios compañeros te maltrataban, o incluso uno mismo terminaba robando a fin de poder comer; un mundo en donde existían privilegios para algunos y en el que para sobrevivir era necesario en numerosas oportunidades olvidarse de los valores traídos del afuera. El ejemplo paradigmático, a la vez que controversial, es el de los integrantes del *Sonderkommando* (comando especial), aquel grupo de prisioneros encargado del manejo de las cámaras de gas y los hornos crematorios.

Es en ese marco que este químico italiano suscribe la imposibilidad de efectuar juicios morales frente a las acciones realizadas bajo esas condiciones extremas. Levi no deja nunca que uno olvide que esos seres humanos estaban dentro de un régimen totalitario, bajo un poder que pretendía ser absoluto, que transformaba al individuo en un número, denigrándolo en forma constante. Esto puede asimilarse con el agudo estudio de Pilar Calveiro sobre los campos argentinos en *Poder y desaparición*, en el que, retomando a Levi, afirma que incluso no puede hacerse una reducción simplemente al gris, sino que deben imaginarse múltiples combinaciones de colores en tanto se volvía imposible mantenerse “puro” ahí adentro (Calveiro, 2008: 128). Se hace entonces indispensable desarticular todas estas figuras, como la del héroe, del traidor, del colaborador, de la víctima inocente, del militante revolucionario, a fin de reponer la complejidad que implicaba la vida dentro de estos centros de detención clandestinos: “Pensar el campo de concentración como un universo de héroes y traidores permite separarlo de lo social, escindirlo de allí y hacer del campo una realidad otra a la que no se pertenece, en la que se debaten dos demonios, militares y guerrilleros, ajenos a una sociedad y a su vida cotidiana.” (Calveiro, 2008: 137).

De esta manera, la heroína que Diana pretendía construir en su libro formaba parte de un ideal que impedía cuestionamientos, preguntas o discusiones sobre lo que en ese momento estaba sucediendo, al igual que más tarde, su contraparte -la traidora- impidió esos mismos debates, pero sobre lo que ya había acontecido. Parte fundamental del análisis es lo coyuntural, aquel mundo que Levi describe como indescifrable, y eso aparenta ser ajeno en las representaciones cristalizadas o culpabilizadoras como la de Heker, en donde la relación totalmente asimétrica entre el opresor y su oprimido es prácticamente soslayada.

Es así que repensar esta clase de representaciones por parte del arte sobre el pasado reciente argentino se vuelve esencial para nuestro presente y futuro. No solamente porque cualquier representación sobre el pasado que refiera a esencializaciones o a figuras estandarizadas clausura la discusión sobre ese pretérito, sino también porque esas mismas representaciones remiten indefectiblemente a las discusiones políticas, éticas y estéticas del presente. Y seguir pensando en la actualidad la política en términos de héroes y traidores o de buenos y malos nos hace perder las zonas grises que nos habilitan a forjar y reflexionar sobre nuevas y mejores argumentaciones. Seguir mirando de reojo a los sobrevivientes por su simple carácter de sobrevivientes no nos hace muy distintos de aquellos que tiempo atrás aludían a los desaparecidos con un halo de sospecha y el clásico “algo habrán hecho”. Como le dice Hertha, uno de los personajes de la novela, a Diana sobre el final, cuando ella está abatida por el “fin de su historia”: “ésta no es una historia de héroes, hija, es una historia de asesinos y de asesinados. Y también es una historia de sobrevivientes.” (Heker, 2010: 228). No dejemos entonces nunca de reflexionar sobre la manera en que la contamos.

## **Bibliografía**

Calveiro, Pilar 2008 (1998) *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires: Colihue)

Heker, Liliana 2010 (1996) *El fin de la historia* (Buenos Aires: Alfaguara)

Levi, Primo 2002 (1986) *Los hundidos y los salvados* (Barcelona: El Aleph Editores)

Longoni, Ana 2007 *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión* (Buenos Aires: Grupo Editorial Norma)

Fuente audiovisual: *Montoneros, una historia* (1994), de Andrés Di Tella